

La novela
TEATRAL

LA HORA DEL REPARTO
Sainete en un acto
Muñoz Seca y Pérez Fernández

Touret
1921.

20 cts.

MIGUEL LAMAS

DIRECTOR: JOSE DE UROUIA



LAS
MUJERES
DE
BENAVENTE

HEROINAS CÉLEBRES DE ESCRITORES
ESPAÑOLES.

Teniendo presente que la cualidad que inmortaliza a un escritor, no es solamente la intensidad de sus ideas y la belleza de su estilo, sino su personal manera de dibujar los tipos de mujeres a través de sus novelas, vamos a publicar las más bellas concepciones femeninas de los en la literatura española, verdaderos creadores de interesantísimos tipos de mujeres, a saber:

**Pérez Galdós. - Jacinto Benavente. -
Felipe Trigo. - Alvarez Quintero. - Pío
Baroja. - Blasco Ibáñez. - Linares Rivas.**

El primero de estos trabajos aparecerá el próximo sábado con

LAS MUJERES DE BENAVENTE

que comprende los siguientes tipos de mujeres:

«ROSAS DE OTOÑO»: María Antonia, Isabel, Josefina. —
«BUENA BODA»: Emilia, Gabriela. — «SEÑORA AMA»: Domi-
nica, María Juana, Daria, Doña Julieta, etcétera, etc.

Esta serie constará única y exclusivamente de SI-TE números.

30 cts.

LA HORA DEL REPARTO

SAINETE EN UN ACTO, DIVIDIDO
EN TRES CUADROS, ORIGINAL DE

Muñoz Seca y Pérez Fernández

PERSONAJES

CLARA - CANDIDA - GLORIA - CARDITO - VIEJA 1.^a - GANANA 1.^a - IDEM 2.^a - IDEM 3.^a
PETROLIO - DON GABRIEL - JOSE MIGUEL - EL PADRE PAJARITO - FRASCO - SE-
NOR ROQUE - CASCAJO - AVEFRÍA - JOSELÓN - EL GUARDA - ALCOLZA - PERICO
Viejas, viejos, gañanas, gañanes, monaguillos y gente del pueblo.

La acción del primer cuadro en Sevilla; la del segundo y tercero en un cortijo andaluz.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Claustro y patio-jardín de un asilo de viejos en Sevilla. Una puerta a la izquierda y otra a la derecha. Detrás del claustro, el alegre jardín con todos sus términos practicables. No hay más muebles que un banco, un sillón fraileiro y dos sillas.

(Al levantarse el telón, señor Roque, un viejecito asilado, riega, con regadera pintada de verde, las flores del jardín. Al poco sale por la izquierda del claustro Gloria, una bellísima Hermana de la Caridad, que trae un gran llavero y abre las puertas izquierda y derecha. Cantan los pájaros, repica una campanita y viva la melopea, mientras se habla sobre la música.)

MÚSICA

GLO.—Señor Roque, buenos días.

ROQ.—*(Acercándose vacilante.)* Dios te bendiga, palomita.

GLO.—Gracias, buen mozo.

ROQ.—Lo fui, lo fui.

GLO.—¿Tiene permiso del médico para...?

ROQ.—No me acuses, ¿sabes? No. Pero yo he salido a regá los tulipanes del jardín pa que se encuentre la gente esto a mi gusto. ¡Gran día es hoy! ¡San Isidor! ¡Patrón de este asilo! Hasta er Só, que hace una semana que andaba avergonzaillo, ha dao la cara, y pica que escuese. ¡Jormiguillo tengo! ¡La primavera!

GLO.—¡Buena fantasía!

ROQ.—¡Sí, sí, fantasía! Pues mira, rosita de Jericó: tós los años en este día, cuando se abren esas puertas y nos juntamos, a la hora del recreo, las viejas con los viejos, me echo yo mi cachito de novia, y este año... este año le ví a pedí relaciones a una clavellina blanca... que se quiten de en medio las clavellinas. Como me diga que sí, me escapo con ella como don Juan Tenorio. *(Suenan unas campanadas.)* ¡La hora del recreo! ¡Viva la libertad! *(Vase Gloria.)* Se abren las dos puertas, y aparece en una Cándida, Hermana de la Caridad, jamona, siempre malhumorada; y en la otra Clara, hermosísima enfermera con uniforme de la Cruz Roja, seguida la primera de cinco o seis viejecillas, muy limpias, tocadas con blancas cofias, y la segunda de cuatro o cinco viejecillos, también muy pulcros.)

CAN. Hermanas, paciencia,
no ofendan a Dios.

LAS DOS. Despacio, despacio,
con tranquilidad.

CLA. Por Dios, hermanitos,
haced el favor...

CORO. ¡Hermana, hermanita!...
LAS DOS. Volad... ¡A volar!...

(Salen de golpe los viejos y las viejas dando gritos de "¡Viva la libertad!" "¡Viva San Isidoro!", y se detienen sin atreverse a unirse.)

ELLAS. Buenos días, buenos mozos, buenos días nos dé Dios.

ELLOS. Que El bendiga la hermosura.

ELLAS. Muchas gracias, es favor.

(Evolucionan. Ellas, arreglándose las canas, coquetean, y ellos, apoyados en sus bastoncitos, les hacen la corte. Mientras, cantan la Hermana Cándida y Clara.)

ENF. Pobrecitos viejos, tan temblorositos, tan delicaditos, viejos de mi amor...

ELLOS. Clavellina blanca, rojo tulipán.

ELLAS. Miren qué piropo, miren qué galán.

(Ellas huyen de ellos y se ponen detrás del claustro, asomando las blancas cabezas por entre los arcos. Ellos requieren sus bastoncitos a guisa de guitarras, y como si los arcos del

claustro fueran rejas floridas, fingen una amorosa serenata.)

ELLOS. Asómate a tu ventana, rosita temprana, y escucha mi queja.

Sal, niña de mis amores, perfuma las flores que adornan tu reja.

ELLAS. Buenas noches, zalamero.

ELLOS. Buenas noches, retrechera, Sol de Enero, por tu amor me muero, no me dejes que me muera. Con este ricito de oro mi mano jugar quisiera.

ELLAS. Galán, tenga más decoro.

ELLOS. No me dejes que me muera. Por aprisionarte el talle cintita yo me volviera.

ELLAS. Galán atrevido, calle.

ELLOS. No me dejes que me muera. Por un beso de tu boca, el mundo entero yo diera.

ELLAS. Galán, no me vuelvas loca.

ELLOS. No me dejes que me muera. (Arrodillándose poco a poco.)

Plin, plin, plin...

Plin, plin, plin...

HABLADO

CAN.—¡Habrà sinvergüenzas?

CLA.—¡Pobrecillos!

CAN.—¿Cómo pobrecillos? ¡Tunantes! ¡Desvergonzados! ¡Y ellas son las peores! ¡Ahora verán!...

CLA.—No sea usted así, mujer. A ver, buenos mozos, buenas mozas, venid a mi lado...

VIE. 1.ª.—¿Algún cuento, Clarita?

CLA.—Una leyenda muy bonita. La del clavel y la rosa pitimini... (Todos la rodean; se chistan unos a otros para imponerse silencio, y canta Clara.)

MÚSICA

Una y otra primavera, un rojo clavel
[lucía,
y nunca, a pesar del tiempo, al suelo
[mustio caía.

En un rosal a su lado una rosita se ha-
[llaba;
tampoco, a pesar del tiempo, la rosa
[se deshojaba.

Un poeta, sorprendido,
un día les preguntó
cómo al tiempo han resistido,
y así el clavel respondió:
"Me enamoré de la rosa,
y la hermosa
se ha enamorado de mí.

No sentimos los rigores del
[invierno,
ni de Agosto el sol de infierno;
para el amor siempre es Abril."

CORO. Se enamoró de la rosa,
y la hermosa
se ha enamorado de él.

CLA. Y Dios dispuso, clemente,
que vivan eternamente
la rosita y el clavel.

CORO. Y Dios dispuso, clemente,
que vivan eternamente
la rosita y el clavel.

(Todos se enlazan por las cinturas y hacen mutis por la izquierda.)

HABLADO

CLA.—¡Dios los bendiga!

CAN.—¡Valiente tropa de desahogaos! ¡Uf, voy con ellos! ¡Ya me ha caído que hacer!

CLA.—Déjelos solitos, Cándida.

CAN.—¡Vaya usted a coger espárragos, hija! (*Medio mutis. Se vuelve, la mira y dice.*) ¡Es tonta! (*Y hace mutis por la izquierda.*)

CLA.—Señor Roque, ¿y usted no se va?

ROQ.—Yo, no. (*Después de cerciorarse de que nadie les escucha.*) Porque tengo que desirte una cosa, ahora que estamos solos.

CLA.—Diga.

ROQ.—No es fácil desirlo, no. Pero, en fin, allá va. Ya sabes tú que yo he sío arguien en este mundo.

CLA.—Sí, ya.

ROQ.—Un músico... ¡Muy notable, niña! ¡Sí, señora, muy notable! Por esos mundos de Dios andan mis cansionsillas, mis vales, mis pasodobles... mis tanguillos... ¡Oh, mis tanguillos de Cáil... Se bailaban solos, capuyito... ¡Ya no me queda más que er compá! Güeno: pos después de veinte años de no cogé la pluma, he compuesto un coro... ¡que vaya coro! ¡Presioso!... ¡Letra y música mía! ¡Como Wagner!... ¡Mejor que Wagner!... Porque Wagner componía lo que le salía de aquí (*Por la cabeza.*) y mi música siempre me ha salío de aquí (*Por el corazón.*) niña mía.

CLA.—¿Y ese coro?...

ROQ.—También. Esta podrá tené má nieve que Sierra Nevá. Este, este está superió.

CLA.—¿Se puede oír?

ROQ.—¡Pues no que no!... ¡Pa quién lo he hecho sino pa tí?

CLA.—¿Sí?

ROQ.—Sí... (*Mirando receloso a todas partes.*) porque te quiero.

CLA.—Muchas gracias.

ROQ.—(*Un poquito enfurruñado.*) ¡No, no; muchas gracias así, no! ¡Es que te quiero!

CLA.—Y yo también a usted.

ROQ.—¡No, no, y tú también, no! ¡Es que yo te quiero!... Pero te quiero... ¡no me atrevo!...

CLA.—Diga.

ROQ.—A ver si con mi musiquilla te lo digo. Escucha:
(*Tarareando una muy dulce música.*)

La la la la la la la
la la la la la la la
la la la la la la la...

¿entiendes? Te quiero de amor.

CLA.—¡Ja, ja, ja, ja!

ROQ.—¡No, no te rías! Escucha:

La la la la la la
la la la la la... de amor.

CLA.—¡Ja, ja, ja, ja!...

ROQ. La la la la la la la
la la la la la la la
la la la la la la la...

CLA.—¡Ja, ja, ja, ja!...

ROQ.—Ríe, ríe; pero yo te lo canto, y me-voy. (*Llorando.*)

La la la la la la la
la la la la la la la
la la... de amor. (*Mutis.*)

(*Entra por la derecha don Gabriel, capellán del asilo, que queda grandemente sorprendido viendo con las buenas ganas que se ríe Clara.*)

D. GAB.—Clara... sobrina... ¡canastos! ¿Es de mí?

CLA.—(*Sin dejar de reír.*) ¡Ay, tío de mi alma! Que el señor Roque acaba de decir que me quiere; pero me ha puesto unos ojos... no sé: una cosa muy rara... Me ha dado una lástima... y ¡qué tonta! ¡Me he echado a reír! (*Ríe.*)

D. GAB.—¡Canastitos, canastitos! ¡Ay, ven acá, sobrina mía! Pues mira, ya

está; eso que has visto en los ojos del señor Roque—claro que en él es una locura—es el amor. ¿No querías tú saberlo? Pues ya se te cumplió el gusto.

CLA.—¡Ja, ja, ja, ja!

D. GAB.—Oye, tú, que no es cosa de risa. ¡Vete con tus viejos!

CLA.—Voy, voy. No se enfade usted. (*Mutis por la izquierda.*)

D. GAB.—(*Viéndola marchar.*) Dios mío, no te ofendas. Aquí está muy bien mi sobrina, pero a este paso se mete monja, y yo la quisiera en el mundo. ¡No lo puedo remediar! Es tan bonita... que vamos, yo no creo que hayas hecho tú una cosa tan bonita para que venga el tío Roque o el tío Canastos y se enamore de ella. ¡Con lo que yo he soñado con cinco, ¡cinco!, así, que me llamaran abuelito tío. (*Mirando al cielo.*) Querido jefe: ¿es que quieres que perdamos las amistades? (*Santiguándose.*) ¡Jesús me perdone! (*Se sienta en el sillón fratero que está a la izquierda y se pone a leer en su breviario. Salen por el fondo derecha un Monaguillo y José Miguel.*)

MON.—Pase usted. Ahí está. (*Mutis por la derecha.*)

JOSE.—Hola.

D. GAB.—¿Qué pasa, sobrino?

JOSE.—(*De mal talante.*) ¿Qué va a pasar? Que estoy en la puerta desde las diez, como todos los días, y son las doce y usted no sale.

D. GAB.—Ten paciencia.

JOSE.—A mí se me ha acabado ya la paciencia. ¿Se entera usted? Y usted es un Juan Lanás.

D. GAB.—¡Sobrino!

JOSE.—¡No puedo más! ¡Vengo a verla la cara! A que nos veamos las caras. ¿Anda por ahí? ¿Va a venir? Me voy.

D. GAB.—No tengas miedo, hombre; no sale por ahora.

JOSE.—Me quedo.

D. GAB.—¿Vienes de la Universidad?

JOSE.—Vengo de donde me parece. No choquee usted. ¡Hábleme usted de ella, de ella! ¿No sabe usted a lo que vengo?

D. GAB.—A lo de siempre: a darme el día.

JOSE.—Bueno, ¿y qué? La quiero, ea; la quiero porque me da la gana de quererla, y como esto no es un convento y puede salir cuando se le antoje, hoy mismo nos la llevamos y mañana me caso con ella. ¡Ya está dicho!

D. GAB.—¡Qué barbaridad!

JOSE.—Barbaridad, ¿eh? Barbaridad es lo que hace usted con ella. Tenerla aquí encerrada...

D. GAB.—Oye, tú; que yo no...

JOSE.—¡Usted! Estoy ya harto de buenas palabras. Usted es un hipócrita. Sí, señor; a mí me eran muy simpáticos los curas, porque usted es cura y mi hermano cura, y el hermano de mi madre cura, pero estoy ya de curas hasta aquí, y voy a irme a Rusia a ver qué han hecho allí con los curas para implantar el sistema en Sevilla.

D. GAB.—Vamos, siéntate; llevamos dos meses de angustias y hoy van a terminarse. Han de dolerte mis palabras. Oye; yo, harto de observar, he sacado esta triste consecuencia. El corazón de tu prima pertenece a Dios. Tu prima será monja. Tu prima no te querrá nunca.

JOSE.—¡Claro! A este paso... ¡Si no me conoce! ¡Si no he podido aun hablar con ella! ¡Maldito asilo!...

D. GAB.—¡Calla esa boca, sinvergüenza!

JOSE.—Usted perdone.

D. GAB.—Que Dios te perdone como yo lo hago.

JOSE.—De manera que si al fin llega a verme, a conocerme personalmente y yo le digo... ¿cree usted que se reirá de mí?

D. GAB.—Seguramente.

JOSE.—¿Le ha insinuado usted que yo?...

D. GAB.—Sí.

JOSE.—¿Y se ríe de mí? ¡Se ríe de usted! Porque tendrá usted que ver hacien-

do el amor por tablas. ¿Usted qué sabe de eso? Usted está acostumbrado a decir sermones, y le mezclará el amor humano con el amor divino y le arma un lío a la pobre. ¡Natural! ¡Pero déjeme usted a mí! Ahora mismo... ¿dónde está?

D. GAB.—¡Vivan los valientes! Anda con ella. *(Se oye la risa de Clara.)*
Ahí viene.

JOSE.—¿Dónde me meto?

D. GAB.—Pero... *(Riendo.)*

JOSE.—*(Furioso.)* ¿Dónde me meto?

D. GAB.—Vete a la calle.

JOSE.—No, eso no. ¡Déjeme usted que la vea, por caridad!

D. GAB.—Haz lo que te dé la gana. *(José Miguel se oculta detrás del claustrero. Al mismo tiempo salen por la izquierda Clara y por la derecha un Monaguillo.)*

D. GAB.—Oyeme, sobrina. *(Viendo al Monaguillo.)* ¿Qué hay, Perico?

MON.—Que ahí, en la sacristía, hay dos catetos preguntando por usted.

D. GAB.—¿Por mí?

MON.—Disen que le diga a usted que son el aperaó y la aperaora del cortijo de Los Pinares.

D. GAB.—Que pasen, que pasen. *(Vase el Monaguillo y Clara se sienta al lado de su tío.)* Mala espina me da que quieran decirme de palabra lo que podrían hacer por carta. ¿Qué será ello? ¡La gente del campo anda tan alborotada con las nuevas ideas!... *(Encarándose de mala manera con Clara.)* También tu padre podía estar en Sevilla y no andarse por Madrid pintándola. Al fin y al cabo él es el dueño de todo. ¡Canastos! *(Aparecen por el foro derecha el señor Frasco y su hija Cardito. El, a medio quitarse el ancho y flamante pavoro blanco, rascándose la coronilla, y ella anudándose el pañolillo de talle, que trae bajo el mantón. Vienen crujiendo.)* ¡Vaya majeza, vaya aseco y vaya postín!

CAR.—Ave Maria.

FRAS.—Sin pecao. ¿Se puede colá?

CLA.—Cole.

D. GAB.—¡Sobrina!

CLA.—*(Me hacen mucha gracia los catetos; no lo puedo remediar.)*

FRAS.—Con su venia de ustedes.

CAR.—*(A Frasco.)* Una monja, tú. ¿Me jinco? *(Casi se arrodilla.)*

FRAS.—*(Levantándola de mala manera.)* No te ponga cateta. *(A don Gabriel.)* Su servío.

CAR.—Su zerviora. *(Y en una escupidera higiénica, que sobre un pedestal hay al pie de una columna, moja el dedo, se lo ofrece a Frasco, y ambos se persignan.)*

D. GAB.—*(Conteniendo la risa.)* Vengan ustedes con Dios, buena gente.

FRAS.—*(A Cardito.)* Que no te sientes jasta las tres.

CLA.—Sentarse.

FRAS.—*(Una.)* Se estimula.

CAR.—Se agradece; es comodidá.

D. GAB.—¿De modo que son ustedes los aperadores de Los Pinares?

FRAS.—Ex.

D. GAB.—¿Eh?

FRAS.—Ex... apeadores. Aunque der campo, tengo mi cortura, y sé que ex, quié desí que no.

D. GAB.—Ya. Pero tomen asiento.

FRAS.—Se estimula. *(A Cardito.)* Dos.

CAR.—Muchas gracias. Estamos ya cansaos de está de pie.

CLA.—Pues por eso, siéntense.

FRAS.—*(Tres.)* Por no desairá... *(Pausa.)*

CAR.—*(Sentándose de golpe y porrazo.)* ¡José, no vía la hora!

FRAS.—*(Indignado.)* ¡¡Cardito!! ¿Qué manera de sentarse es esa?

CAR.—¡Padre!

FRAS.—Que no tiés modales, Cardito. Ya te he dicho lo que aserca der sen-

tao resta er presagio, vurgo reírán: en casa de eumplío, a la tersera y comedío. (*Sentándose muy finamente, después de colocar un pañuelo de hierbas en el asiento.*) ¡Modales, señó, modales! (*Pausa.*)

D. GAB.—Pues ustedes dirán a qué debemos el gusto...

FRAS.—Pues la misión de esta visita tiene por ojeto er desirle a usted que la gente der cortijo e Los Pinares s'ha sublevao, que disen que ha llegao la hora der reparto, y como han prinsipiado a repartí leña, esta y yo hemós salío de pira y allí se quea la regulosión.

D. GAB.—¡Canastos!

FRAS.—Tó lo que se jaga con ellos resurta un frascaso. ¿Que va usted por la güena? ¡Frascao! ¿Que va usted por la mala? ¡Frascao! ¡Es una tropa!... Como er que no es buchevista es atedo.

CLA.—¿Eh?

FRAS.—Atedo: de esos que no creen ni en er Diluvio Universá, ni en er milagro de las siete vacas y las siete espigas, ni en Adán ni en Evas, ni en ná. Amos, de los que están aguardando er reparto pa quearse con tó.

CLA.—Ya.

CAR.—Hay allí un tío Petrolío...

FRAS.—¡Mar tiro le dent!... ¡Así lo maten y lo entierren vivo, que es er que tié la culpa de tó!

D. GAB.—¡Hola!

FRAS.—Sí, señó. Es un tío mu espesiá. Está imbuyido por las ideás malinas, lee papeles comunistas a los gañanes, los güerve locos, y gofetón que se pierde, gofetón que se encuentran los aperaores aquí presentes. Güeno, pos antié se levantó el tío Petrolío más buchevista que nunca, me arreó un tatarantán que por poco me escuajaringa, y me dijo que tenía que darle aseite a los der cortijo de ar lao, por la razón de que los infelises están lampando y porque él ha leío que eso der reparte, er día que prinsipie va a prinsipiá por el aseite. Yo comprendí que venía garatero, y pa evitá que le diera a esta otra tunda, le dije, digo: dales er frasco y que escoja lo que s'ha menesté. ¿Cree usted que sirvió de argo? Por tó agradecimiento, así que dejé er frasco vasido, me tiró er frasco a la cabeza, que aquí tengo en los orsipusios la señá.

CLA.—Otro frascaso.

FRAS.—Sí, señora. Otro fraascaso. Así es que digo, disen, dije, digo...

D. GAB.—¿Quién dice?

FRAS.—Su servió.

D. GAB.—Ya.

FRAS.—¡La del humo! Ahí se quedáis ustedes. Se perdió Cavite, ¡qué más da que se pierdan Los Pinares!

D. GAB.—¿De manera que aquello queda manga por hombro?

FRAS.—Sí, señó. Allí no manda naide más que er tío Petrolío.

D. GAB.—¿Y qué hago yo ahora?

CAR.—Pos ná. Er buchevismo y las ideas comunistas arrean pa alante, y er que se ponga a sujetá a las masas sale arroyao. Déjelos usted que se queen con tó. De toas maneras Dios los va a castigá, porque paese que dise: ¿Lo queréis tó? ¡Pos na! No mando llové. Y er trigo que s'ha sembrao no nase ni naserá como no llueva, y ni pa Dios llueve.

FRAS.—Er que escape pa lo arto le cae en las jetas. (*Levantándose.*) Conque... (*Dándole a Cardito con el sombrero.*) Que te embobas, tú. (*Se levanta Cardito.*) Con la llave der caserío s'ha quedao er tío Petrolío, pero yo me he traío er llavín de la puerta trasera. Ahí va. (*Saca y entrega una llave enorme. Parece la llave de la puerta de una catedral.*) Disimulá er tamañio y salú.

D. GAB.—Vayan ustedes con Dios y siento que esa resolución nos prive de tan buenos aperadores.

FRAS.—Se estimula. (*A Cardito.*) La despedía. Acuérdate. (*A don Gabriel.*) Mandá. (*A Cardito.*) Tres pasos y güerta. (*Avanzan tres pasos hacia el foro, se vuelven los dos y dicen a un tiempo, en tono muy grave.*)

LOS DOS.—¡A los pies de ustedes!

CLA.—Vayan ustedes con Dios.

CAR.—(A Frasco.) ¿Otra vez?

FRAS.—Sí: en er dinté. (Llegan los dos hasta el arco central, se vuelven como antes y repiten.)

LOS DOS.—¡A los pies de ustedes! (Cardito hace mutis y Frasco se detiene un instante y al ver que don Gabriel y Clara se rien de ellos, dice enérgicamente.)

FRAS.—Dineros no hay, pero de educación y de modales, pué poné una escuela Frasquito Ramos. A los pies de ustedes. (Se va muy engallado. Don Gabriel y Clara rompen a reir descaradamente.)

D. GAB.—¡Canastos, que nos estamos riendo y lo que ocurre en el campo es más serio de lo que parece!

CLA.—Lo que ocurre es que aquella gente... Si usted fuera allí y les predicara...

D. GAB.—¿Un cura allí? Pero, ¿sabes lo que dices?

CLA.—Si yo pudiera... ¿y por qué no? Vayamos, tío...

D. GAB.—Pero, sobrina... ¿Un cura y, pör si fuera poco, una monja?... Porque para ellos como si tú fueras una monja. ¡Bonita zarabanda nos iban a hacer bailar!

CLA.—¡Ah, qué ideal! ¡Gracias, Dios mío! (Abrazándole.) El me ha iluminado. ¡Ya está! ¡Iremos! Usted se fingirá el nuevo aperador, yo, su hija... ¡Eso! Una falda de percal, un pañolillo de talle, un delantalillo blanco, una rosa en el pelo...

D. GAB.—¡Ay, quién te viera así siempre! ¡Sea! Despidete de tus compañeras.

CLA.—¡Para volver pronto confortada por la victorial

D. GAB.—De eso ya hablaremos. Vamos donde quieras. A las dos sale el tren. Disponlo todo. (Conduce a su sobrina hacia la izquierda, por donde hace mutis, y él inicia el mutis hacia la derecha hablando solo y accionando mucha.)

Sí... claro... porque eso es... ¡Se le quita la vocación!...

JOSE.—(Interponiéndose en el camino.) ¿Dice usted que a las dos sale el tren?

D. GAB.—(Asustado.) ¡Ah! ¡Ah! ¿Eres tú? Sí, bueno... (Sigue su camino hablando solo.)

JOSE.—Porque yo también me voy. (Siguiendo detrás de él.) Ella no me conoce, yo me planto un chaquetón, unos zahones, un sombrero ancho... Pero, tío, ¿no me escucha usted?

D. GAB.—(Hablando solo.) Esto es... Una falda de percal...

JOSE.—¡Tío!

D. GAB.—Un pañolillo de talle...

JOSE.—¡Pero oiga usted!...

D. GAB.—Un delantalillo blanco, una rosa en el pelo... (Hace mutis por la derecha bailando y cantando sin querer.)

“Tantarantán que los higos son verdes,
tantarantán que ya madurarán...” (Vase.)

JOSE.—Pero tío... (Dándole una formidable voz.) ¡¡Tío!! (Vase por la derecha.)

MÚSICA

(La campana de la iglesia toca a víperas. Cantan los viejos dentro.)

con unos amores
que yo no quería...”

“Me casó mi madre
chiquitita y bouita,

(Telón.)

INTERMEDIO MUSICAL

CUADRO SEGUNDO

Telón corto que representa un vallado de chumberas, en un camino que conduce al cortijo de Los Pinares. Es de día.

(Al levantarse el telón, se encuentra en escena Petrolío, el inmenso Petrolío, gañán peludo y mal encarado, sucio hasta causar risa. Petrolío es un hombre de cuarenta años. Pasea agitadísimo. Lleva un papel en una mano y acciona con la otra desafortadamente.)

PET.—(Como discursando.) Er comunismo dará la virtoria a la masa de-pauperada, que anhela la transformación ética, radical, inconcusa del proletariado irredento. (Como recordando.) Y reviento... irredento... (Leyendo y volviendo a

coger el hilo de su feroz discurso.) irredento, porque er pueblo como la plutocracia, tiene nosión presisa de lo atrabiliariamente que está constituida esta masa informe que rucda por el vasío, rotativamente y traslativamente, a la cual llamamos mundo... (Sudando el kilo.) ¡Joroba con el organista! ¡Ya podía haberme puesto unos voquible más claros! (Siguiendo.) ¡Ah, sí! ¡Temblad, plutórcatas, que la voráGINE se acerca espiraleando avasalladora y eclipsando ese azul atmosférico, impalpable, luminoso y constelado, al cual llamamos cielo... ¡Joroba con el organista! El obrero se acerca a la meta paso a paso, nadie le impursa: viene de motu propio. Argún día vendrá en motocicleta, y ese día vendrá de motu propio y en moto propia. ¡Viva Troskosky!

(Aparecen Cascajo, Joselón, El Guarda y Armidonsito, cuatro bolcheviques andaluces, capaces de comerse en ensalada al Marqués de Urquijo.)

CAS.—Hola, Petroho.

PET.—(Furioso.) ¿Qué pasa?

CAS.—Ná, hombre, ná; sosiégate. ¿No es aquí donde nos has dicho tú que veníamos a ensuyá los gañanes el hirno borcheviquista?

PET.—Aquí é, sí, señó. No está bien ensayarlo en el cortijo, pa que lo oigan los caseros nuevos y le vayan con el cuento al amo. Güeno, ¡los caseros nuevos! Te arvierto que los voy a poné a cardo.

CAS.—¿T'has fijao tú en la cara de cura que tiene er casero?

PET.—Pos la va a tené mú poquito tiempo, porque se la voy a gorré pa el orsipusio de una guantá. ¡Viva Troskosky!

GUAR.—¡Josú!

PET.—¡Sin Josú ni ná!

CAS.—¡Eres un toro bravo!

PET.—Gracias, Cascajo, tú me conoses.

CAS.—Pero yo que tú indurtaba der gofetón ar casero por mó de que su sobrina é una sírfide; camará, qué puapísima. Dende que la ví me tiene entenguerengue.

PET.—Jurri allí, so lila! ¿Y tú eres borchevique? ¡Tú eres romanonista!

CAS.—Ove tú...

PET.—¡Romanonista!

CAS.—¡Eso lo será tu padre!

PET.—¡Ay, que me insurta a la familia! ¡Ni casero ni caserilla ni na! ¡Es guapa? Pos mejón pa ella. Pero es la representanta del amo y aquí no hay más amo que nosotros.

TODOS.—¡Eso!

CAS.—¡Pobresilla!

PET.—¿Pero veis ustedes? Ná; que l'ha atontolináo esa mujé. ¡Mardita sea!...

GUAR.—¡Como que hasta le ha sacao un verso! Por el camino venía diciéndomelo. Dilo.

TODOS.—Que lo diga.

CAS.—Asperarse. (Poniendo los ojos en blanco.) Ya está. Eres... ya está aquí:

“Tienes aire de prinsesa,
eres una clavellina,
y al andá se te conose
que te llamas Catalina.”

PET.—Quitármelo de en medio, que le ví a pegá una patá en la barriga que va a tené que vení una junta de médicos pa sacarme er pie.

GUAR.—(Sujetándolo.) No te pierdas, Petrolio.

PET.—Pos güen humó tengo yo pa oí poesías.

JOS.—Pero, ¿qué te pasa?

PET.—Que er mitin es a las sinco y he quedao yo con mi niño en que estuviera aquí a las tres pa tomarme er discurso, a vé si me lo sé de memoria.

GUAR.—(Arrebatándole el papel.) A vé, hombre; empiesa.

PET.—¡Ejem!... ¡¡Pueblo!! (Muy rápido.) Del otro lao de la Europa, de Rusia, viene el fuego avasallador que destruye impetuoso...

GUAR.—¡Ché, ché, ché... has er favó! Má despasio, y en vé de desí las palabras vé disiendo las letras, que esas son las que yo entiendo.

PET.—Anda y que te pelen.

CAS.—¡Y es veidá que van a dí al mitin los terratenientes?

PET.—Va don Celipe, y va don Jenaro, y hasta don Sarvaó disen que se va a dejá caé por allí. ¡Que vaigan, que como vaigan, guardo er discurso que me ha escrito el organista, por si acaso no lo entienden, y voy a desí uno mío! ¡Siudadanos!

TODOS.—¡Ole!

PET.—¡Viva la mecha!

TODOS.—¡Eso!

PET.—¡Er que tiene arriba de dos duros guardaos es un sinvergüensa!

TODOS.—¡Ole!

PET.—¡A burgá la guita, pero que ya!

TODOS.—¡Ole!

PET.—¡Viva la hora del reparto!

TODOS.—¡Vival!

AVEF.—(Dentro.) ¡¡Padre!!

PET.—¡Callarse, mi niño! ¡Se la va a ganá! (Le sujetan.)

AVEF.—(Sabendo. Es un bolcheviquito joven.) ¡Hola, padre!

PET.—(Amagándole con un puntapié.) ¡Mardita sea tu padre! ¿Qué horas son estas de vení?

AVEF.—¿Pero no es la hora que dijimos que había que está aquí pa ensayá el himno antes de ir ar mitin? Conmigo viene la gente.

PET.—Güeno; no quiero dá que desí delante de los compañeros, ¡so güeso!, y si no fuera porque viene gente, te iba a poné la cabeza, mardita sea la pórvora, que te la ibas a mirá al espejo y ibas a creé que era una escalera de caracó. (Al Coro, que llega.) A vé, güena gente, que no hay tiempo que perdé; colocarse por grupos de cuerdas vocales, como dise el organista, y a vé si mientras él viene, dejamos afinao el himno. ¿Vamos a la una? ¿Vamos a las dos? ¿Vamos a las dos y media?

JOS.—(Cantando.) Au, au, au...

PET.—¡Chucho! Fijarse en este deíto. ¡¡A las tres!!

MÚSICA

Aurora roja, que tinta en sangre
por el Oriente se ve vení,
sí vení, sí, sí, ay, que sí.

Aquí te aguardo con impasienzia,
donde me lleves voy tras de ti.

Las boces afiladas
tenemos ya,

ya, ya.

Y más de una cabeza
se cortará.

PET.—¡Pero que de primera! Ar cortijo otra vé y a las sinco tós pa er pueblo!

TODOS.—Vamos.

PET.—Entremos en el cortijo cantando pa disimulá. ¡Ya entraremos otro día dando bocaos!

TODOS.—¡Ole!

PET.—¡A la una, a las dos y a las tres! (Todos rompen a cantar el himno, van haciendo mutis y cae el telón.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Patio principal del cortijo de Los Pinares. Al fondo, tapias y gran portalón, por donde se ve el campo, seco, árido, sediento... A la derecha, una alegre casita con puerta practicable, habitación del casero y de los dueños del cortijo. A la izquierda, dos puertas, una grande, la de la gañanía; otra más pequeña, que corres-

ponde a la habitación donde se guardan los aperos. En el centro derecha de la escena, un pozo desbocado o bajo de brocal. Es de día a pleno sol.

MÚSICA

(Esquilas de un rebaño y esta copla dentro:)

Dise er mundo y es verdá,
la mujé que quiere a un hombre
jasta er corasón le da."

(Sale don Gabriel por el foro, vestido de gañán limpio, como casero que figura ser del cortijo. Trae una carta en la mano. Avanza hasta el proscenio y dice en tono melífluo.)

HABLADO

D. GAB.

"¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido."

(Hecho un chacal.) ¡Jopo! ¡Mentira! ¡Calurnia! ¡Farsol! ¡Mentiiiiiraaaa! Y lo que es esta carta sale para Madrid ahora mismo, y a ver qué se le ocurre contestar a mi hermano. (Disponiéndose a llamar.) ¡A ver, tú, Pep... ¡Calma! ¡Habré puesto alguna inconveniencia? (Abre la carta y lee.) "Sí, hermano de mi alma, aquí estoy diciendo "haiga", "barcón", "naide" y "jopo". Vaya: aprendiendo lenguas, hijo. He cometido una insensatez, sacando a tu hija del asilo, porque ahora resulta que tu hija tiene todos los tornillos histéricos. Yo no sé si será el sol, las aguas o el cambio de aires; pero aquí, en el cortijo, anda encalabrinando a gañanes". ¡Ahora, viene lo bueno! "Y tu sobrino, ese poca lacha de catedrático, se olió en Sevilla la comedia y hace quince días que se presentó vestido de gañán y por aquí anda tomándole el pelo a su prima y su prima a él, y la prima y el primo a mí, que soy el verdadero primo. Y como el campo no tiene puertas, y dicen que entre santa y santo, pared de cal y canto, y el hombre es fuego y la mujer estopa"... (Rompiendo la carta.) ¡Qué barbaridad! ¡Yo no puedo escribir esto a mi hermano! Dios mío, perdona, ilumíname. A ver si paseando se me ocurre el medio... ¡Paz, tranquilidad, calma!... El campo... (Haciendo mutis por la derecha.)

"¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido..."

¡Jopo! ¡Mentira! ¡Calurnia! ¡Farsol! ¡Mentiiiiiraaaa!... (Vase por la derecha. Por el foro, riendo locamente y a carrera abierta, aparece Clara vestida de gañana, seguida de Avefría, Cascajo, Joselón y el Guarda. Viene coqueteando con ellos y ellos locos.)

MÚSICA

ELLOS. Jazminito tempranero,
coralito de la má,
luserito mañanero
por tu amor voy a parmá,
que me ha dicho er físico
que estoy medio tábiro;
que voy para físico,
que estoy hecho un látigo.
¡Ay, ay, ay, chiquilla!
¡tenme compasión!
que tó esto me pilla
en el estirón.

CLA. Seguramente mis ojos son
los que producen tal desazón,
y me tenéis que dispensá
pue no lo puedo remediá.

TODOS.—(Empujándose unos a otros
y pretendiendo abrazarla.)

Me caso en la má.
¡Valiente mujé!
Usté me va a queré
y yo me vi a matá.
CLA. ¿Qué tendré?
¿Qué será?

(Mirando para arriba, con los ojos
en blanco. ¡Una tontería!)

Si miro así sin malisia
como pidiendo clemensia,
a alguien le da la irterisia
de impasiensia.

TODOS.—(Como escalofriándose.)

¡Bééé!...
qué temblor,
¡haga usté er favó!...

CLA.—(Mirando de reojo.)

Si miro así de soslayo

y sin llevar mala idea.
pues hay aquí más de un payo
que berrea.

TODOS.—(*Empujándose y pegándose.*)

¡Brrr...
que es por mí;
brrr...
no es por tí!

CLA. Y si de frente los miro
quizás a algunos embruje,

porque si lanzo un suspiro...
hay quien muje.

TODOS.—(*Mujendo.*)

¡Múúú!...

CLA. ¡Ay, Jesús!

TODOS. ¡Múúú!...
múúú!...

CLA. ¡¡Jesú!!

HABLADO

CAS.—¡Qué mujé!

GUAR.—¡Juy!

JOS.—¡Salero!

AVEF.—¡Pimpóllido!

CLA.—(*Huyendo de los brazos de ellos.*) ¡Ja, ja, ja, ja!... (*Por la izquierda sale Petrolio, desperezándose, y sorprende el cuadrito.*)

PET.—¡En este cortijo no hay vergüenza!

CAS.—¡Petrolio!

AVEF.—¡Padre!

PET.—¡A callá! (*A Clara.*) Y usted anda regorviéndome a la jumentú, y la jumentú, pá que usted se entere, es borcheviquista, y está sindaliquizada conmigo. Güeno: pues como usted me la desindalicadice, mardita sea el arró con papas, me ví a liá a darle a usted metíos en el vasío que se lo voy a usted a llená. ¡Viva Troskosky!

CLA.—(*Acercándose mucho a Petrolio y haciéndole unas carantoñas.*) Verás tú, todavía, éste, los bofetones que me va a pegá. (*Le coge las manos.*)

PET.—¡Suérteme usted!

CLA.—(*Poniéndose las manos de Petrolio una en cada carrillo.*) ¡Anda, anda, fiero!

PET.—(*Dándole rapidísimos cachetitos cariñosos como si se los diera a un niño.*) ¡Hiii!... (*Poniéndose serio de repente y cogiéndola de la mano.*) Venga usted acá, só... voluble. (*En voz baja y casi amenazándola.*) ¡No me tiente usted, no me tiente usted!...

CLA.—¡Pues no me tiente usted! (*Todos rien.*)

PET.—(*Apartando bruscamente de su lado a Clara.*) ¡Largo de aquí, so sírfide! (*Furioso.*) Pero, ¿no veis er juego, armas mías? ¿no veis que desde que vino esta mujé, no hay gañán que no se haiga mercao un abanico de la ruela de la fortuna? ¡Juy, si yo tuviera la edá en la boca! ¡Claro! Me coge usted a mi niño que no tié gié, y me lo está usted poniendo que cuando se levanta parece que lleva gafas. ¡Jurri allá! ¿Por qué no se atreve usted conmigo? ¡Miala ahí, iña coquetismo! (*Remedándola.*) ¡Ay! ¿Sí? ¡Regularsilla! ¡Gracias! ¡Ay, Jesús!... ¡A mí podía usted venirme con desplantes y abaniqueos y (*Como recogándose las jaldas.*) ¡arrecogías! (*A Avefria.*) ¡Juan, Juan! ¿y a ti te gusta esa telaraña fiminina? ¡A ti te gusta ese velosípodo? ¿A ti te gusta ese soplio de mujé?

CLA.—¡Yo un soplio?

AVEF.—A mí me parece que está bastante llenita.

PET.—¿A eso llamas tú llenita, hijo de mi arma? Pos no sé a quién sales, porque tu padre, parmará con esta copla en los labios:

Doz cosas ha de tené
la jembra pa llegá al arma:
metro y medio de caera
y metro y medio de esparda.

(*A Clara.*) ¡Y usted, ni ná, ni ná! ¡Puaf! ¡Viva Troskosky! (*Entra en el cuarto de los aperos. Por el foro sale José Miguel vestido de gañán, con la chaquetilla al hombro, muy pausado y displicente; se encuentra con Clara, y empieza a hablar tranquilo, sin darle importancia a Sevilla ni al Guadalquivir.*)

JOSE.—Oiga usted, niña: ¿Hasta cuándo me va a tené usted de plantón en el canalillo?

CLA.—¿Yo?

JOSE.—(Remedándola.) ¿Yo?... ¿No queamos en que hoy a las dose iba usted a pasá por el canalillo?

CLA.—¡Ja, ja, ja!... ¡Pobresito! ¡Ja, ja, ja!...

CAS.—¡Ayyyyy! (Como si berreará.)

JOS.—¡Juy que bocaol! ¡Jam!

GUAR.—¡En er cogote!

AVEF.—¡En er pelo, pa zamarrearla!... ¡Brrr!...

JOSE.—¡Bah! (Volviendo la espalda displicente.)

CLA.—(Apartando a los gañanes y dirigiéndose a José Miguel que se marcha.) Pero, diga usted: ¿se va usted enfadao?

JOSE.—¿Yo? ¡Bueno!

CLA.—¿Quié usted creé que se me había olvidao lo del canalillo?

JOSE.—¡Quiá! A José Miguel Ruí, no se le ha resistío ninguna mosita quince días. Usted no ha ido al canalillo, porque ya no responde este (Por el corazón.) que si no ha caído está ar caé.

CLA.—¡Sujétame, Avefría!

AVEF.—¡Allá voy!

CAS.—¡Déjame a mí!

GUAR.—¡Yo, yo!

JOS.—¡Yo, yo!

JOSE.—¡Che! ¡Con los brazos no!

AVEF.—¡Con los dientes?

CLA.—¡Ni con el aliento! ¡A mí no se me toca!

JOSE.—En fin, gorveré. Dentro de un rato hablaremos.

CLA.—Sí, señó: pa terminá.

JOSE.—Pero si no hemos empezao... ¡Habrá fantásiosa! ¡No tó lo que se sueña resurta! (Entra en el cuarto de los aperos.)

CLA.—¿Eh? (Que queda de una pieza.)

AVEF.—Reina: ¿cuándo vamos a platicá nosotros?

CLA.—(Como si le contestara: "¡Que te maten!") Esta tarde a las tres.

CAS.—Si usted quisiera habló conmigo esta tarde...

CLA.—¡A las tres!

JOS.—Oiga usted...

CLA.—A las tres esta tarde. (Indignadísima.) ¿Les parece a ustedes? ¡Que yo sueño con!.. (Al Guarda.) (Esta tarde a las tres.) Yo, soñar con ese cateto... ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!...

JOSE.—(Saliendo de nuevo.) ¡Chist! ¡Ríase usted bien, mujé! ¡Firsiones, no! (Vase. Clara se queda muy triste.)

AVEF.—¡Josú! (Rascándose la cabeza.)

GUAR.—(A Cascajo.) Oye, tú.

CAS.—¡Mala burra hemos compraó, compadre!

D. GAB.—(Saliendo por la derecha.) Pero, ¿es que hoy no se trabaja?

AVEF.—¡Eh! ¡Sin amontonarse, que somos sindicalistas! (A los demás.) Vámonos, señores. (A Cascajo.) Oye: ¿a ti que te parese?...

CAS.—¿A mí? Que esos dos guardan la ropa en la misma cómoda antes del Corpus. (Se van Joselón por el foro, Avefría por la gañanía, Cascajo por el cuarto de los aperos y el Guarda por la derecha.)

CLA.—(Palmoteando y haciéndole carantoñas a su tío.) Contentísima, tío: ¿quién me había de decir a mí?... ¡Estoy muy contenta!

D. GAB.—Tú, sí, pero yo... ¡yo sufro muchísimo! ¡Yo vestido de gañán!... ¡Si me viera el Arzobispo!... ¡Jesús! Además: hay un hombre en el cortijo que no me deja ni a sol ni a sombra. A mí se me figura que se me nota la costumbre que tengo de andar con faldas toda la vida, y yo creo que sospecha...

CLA.—¡El tío Petrolío! ¡Ja, ja, ja!...

D. GAB.—¡Qué miedo le he cogido al tío Petrolío! ¡Quiere que yo sea socio

de la Confraternidad libertaria, y le he dicho que sí! Esto es un pecado de los gordos. Yo necesito confesarme en seguida. Porque mira... (*Ríe Clara.*) ¡Ay, que sale! Vete. No quiero que le oigas desatinar. (*La empuja dulcemente y la obliga a hacer mutis por la puerta de la derecha. Al ver que Petrolio que sale picando un tabaco, con una descomunal faca.*) ¡Un milagro, Dios mío! ¡Que este hombre pierda el habla quince días! Le tengo pánico. Temo que mi aspecto frailuno le haga caer en la cuenta y... (*Se sienta en el brocal del pozo.*)

PET.—¡Hola, casero!

D. GAB.—¡Hola!

PET.

“Quién tuviera la dicha
de ver a un fraile
en el brocal de un pozo
y arrempujarle.” (*Don Gabriel se levanta rapidísima-*

mente.) Casero, ¿usted cree en la misa?

D. GAB.—Yo, no, hombre.

PET.—Pos Sarvadorillo me decía que sí y le he dao una patá que ha llegao ar techo. ¿Y en la resurrección de los huesos, cree usted?

D. GAB.—Escuche usted, Petrolio. Pero, ¿a qué viene todo esto?

PET.—Viene a que este año no llueve, este año no va a habé trigo, y este año vamo a tené que comé armósfera. ¡Como que no hay más aqué, que er convenserse de que no hay que jaserle caso a los curas!

D. GAB.—Sí... ¡Claro, la consecuencia es... justísima!

PET.—¡Joroba con los curas! ¡Mueran los curas! ¡Yo soy de los míos! ¡De los míos! ¡Y usted tamién, qué jinojo! ¡Usted es casi de los míos, porque yo en política, le dejo a usted muy atrás! Soy de lo más avansaito que hay en España.

D. GAB.—¿Republicano?

PET.—¡Miau!

D. GAB.—¿Socialista?

PET.—¡Quisieran!

D. GAB.—¿Anarquista?

PET.—¡Más!

D. GAB.—¿¿Más??

PET.—(*Después de cerciorarse de que nadie los oye.*) ¡¡Acróbata!!

D. GAB.—Dirá usted ácrata.

PET.—¡Eso! Trácata de esos. ¿Y usted?

D. GAB.—Hombre, yo no llego a tanto. Me quedo en... en... ¡anarquista! (¡Dios mío!)

PET.—Güeno, pero de todas maneras usted no creerá que la Virgen que va a sacá esta tarde el padre Pajarito en rogativa pa que llueva, va a entretenerse en mandá llové. ¡Llové!

D. GAB.—¡Ah! ¡Oh! El... ¡Claro! Claro, que a lo mejor los santos, pa darnos en la cabeza, mandan llover, y tenemos que meternos las ideas en los bolsillos. Temblando estoy que llueva...

PET.—No hay cuidao. ¡Semos o no somos! Ahí dentro he tenío una disputa con el Rubio, que decía que había ersistío Pilato, y que él había visto en Sevilla la casa en que vivió.

D. GAB.—¿Y qué ha resurtao?

PET.—¿Qué iba a resurtá? ¡La jeta que se le ha puesto asin! ¡La jambre es lo que ersiste!

D. GAB.—Menos mal que nosotros comemos.

PET.—¿Y qué comemos? Er pan que nos regala er burgué. Porque ahora no lo ganamos; nos lo jecha así: ¡chuchol, y er pobre chucho muerde er pan como si le mordiera en las pantorrillas al amo der cortijo, que bien gordas las tendrá el mu ladrón! ¡Er burgué!

D. GAB.—¡El burgué! ¡Mucho, mucho, sí, toma!..

PET.—¡Je, je, je!, pero tó se andará. La primera bomba pensamos de ponerla en Sevilla.

D. GAB.—(Menos mal.)

PET.—En casa del amo del cortijo.

D. GAB.—No.

PET.—Sí, hombre, sí; a ve si pillamos dentro a un hermano que tiene cura, que mardito sea su corasón. ¡Viva Troskosky!

D. GAB.—No, yo le diré a usted un sitio más a propósito pa pillá a ese sinvergüenea.

PET.—¡A callá, que viene gente! Ahí dentro me lo dirá usted. ¡Hombre, y vamos a tutearnos, porque nosotros tenemos que ¡asé mu güenas migas! ¡Arsa pa dentro!

D. GAB.—(Iniciando el mutis.) ¡Señor! ¿Por qué me abandonaste?)

PET.—(Dándole un fuerte pescozón.) ¡¡Pasa, currete!! (Le hace hacer mutis a la fuerza y entra con él en la gañanía. Ataca la orquesta, y a poco sale por donde se fué José Miguel, y da dos palmadas a la puerta por donde entró Clara.)

MÚSICA

CLA.—Aquí estoy, mosito.

JOSE.—Aquí estoy, mosita.

CLA.—De mujer formal me acredito.

JOSE.—Ya ve usted que acudo a la cita.

CLA.—Sin miedo, tranquila y serena le escucho.

JOSE.—Pues eso, mosita morena, no es mucho.

CLA.—No es mucho ¿por qué?

JOSE.—Porque nada tengo que decirle

[a usted.

CLA.—Pues muy buenas tardes.

JOSE.—Vaya usted con Dios.

LOS DOS.—Hay dos caminitos pa nosotros dos.

CLA.—(Marchando hacia la izquierda.) Yo voy por ahí...

JOSE.—(Marchando hacia el foro.) Yo voy por allí...

LOS DOS.—Se creará } este tonto }
 } esta tonta } que

[me importa a mí.

(Sigue la música, de pronto se vuelven los dos al mismo tiempo.)

RECITADO

CLA.—¿Qué?

JOSE.—No, nada.

CLA.—YA.

JOSE.—Sí.

CLA.—Creí que...

JOSE.—No, pues no...

LOS DOS.—¡¡Con Dios!!

CANTADO

¡Hay dos caminitos pa nosotros dos!

(Echan a andar muy despacio; sigue la música y de repente los dos se vuelven, se acercan mucho y se increpan duramente, manoteando mucho al mismo tiempo, sin lograrse entender.)

Le advierto } mosita } que a mí no me importa
 } mosito }

que tome el camino que quiera tomar;

yo voy por el mío } tranquila } serena
 } tranquilo } y } sereno

y a mí no me...

(Hablado.) ¿Diga?... (Cantado.) ¡Ja, ja, ja, ja!...

HABLADO

CLA.—¿De manera que...? (Se arregla nerviosamente un lazo que trae al cuello.)

JOSE.—Que he venío porque a mí me gusta cumplí con la gente, y na más. ¡Ah! Y ni que se ponga usted ese lazo derecho, ni que se deje usted er lazo torsío, no caigo yo en ese lazo.

CLA.—(Como picada por una tarántula.) ¿Pero ahora salimo con esa? ¿No habíamos quedao en que éramos novios?

JOSE.—De broma me lo dise usted; pe. o cosas más difisile. habría.

CLA.—¿Verdá?

JOSE.—Pos claro, mujé. ¿Que usted es la sobrina der casero y yo na má que

un pobre gañán? ¿Y qué? En más de un papé se lee la historia de una prinseña enamorá de un pastó, y que el rey, padre de la prinseña, no quiere ni pa los padres descarsos. Pero agarra y va la prinseña y dise: oye, pastó, te quiero; que es desirle: prínsipe y reprínsipe eres, por ensima de la bola arta de la corona de mi padre. Y el padre se enrabieta... Y la prinseña terne que terne... ¡Coraje ahí! Hasta que por fin dise el rey: ¡Mu bruto es mi yerno pa prínsipe, pero en fin, no es mal tipo, y con esta banda asú y este sable de oro, y a caballo, y en un paí forastero, pa que no puea hablá con naide, porque no entiende el idioma... ¡Consientio! Y allá va la prinseña a la India con su pastó, y allá va er pastó, que vaya un pastó con suerte, a dormí en un corchón de plumas de avestruses, y a lavarse las manos todas las mañanas con jabón d'oló, que afina mucho a la gente!

CLA.—Y colorín, colorao...

JOSE.—Como me lo contaron te lo he contaó. *(Se quedan los dos tan amarrelados, y tan juntos, que hay quien duda que entre los dos quepa un papel de firmar. En este momento un reloj de campana da las tres y salen Avefría, Joselón, Cascajo y el Guardá, cada uno por donde se fué.)*

CLA.—Muy bonito cuento.

JOSE.—¿Verdá? *(Muy tierno.)*

CLA.—¡Muy bonito!

JOSE.—¡Muy bonito!

CAS., AVEF., JOS. y GUAR.—*(Hechos unos pasmarotes.)* ¡Muy bonito!

CLA.—*(Volviendo la cara.)* Pero, ¿estábais ahí? ¡Ja, ja, ja!... *(Hace mutis, corriendo, por el foro, después de dar un cachetito amistoso a Avefría y otro a Cascajo.)* ¡Ja, ja, ja!... *(Vase.)*

JOSE.—¡Eh, amigos; aquí sobran cuatro. ¡Yo voy a vé si soy uno de los que sobran! ¡Er no siempre lo llevo por delante. ¡Hasta más ver! *(Mutis detrás de Clara. Aparece por el foro la Gañana primera.)*

GAÑ. 1.—A vé, güena gente, que ahí está er cosario, avisá. *(Aparece por el foro Alcolea, corsario del pueblo. Trae un buen látigo y un periódico en la mano.)*

ALC.—*(Dando voces en dirección a la gañanía.)* ¡Caballerooooo! ¡Acooleaaaa!... ¡Er cosario!...

CAS.—*(Idem.)* ¡A ve, señores, que aquí está er cosario!... *(Salen todas las gañanas y gañanes y con ellos Petrolío. También sale don Gabriel por la derecha.)*

ALC.—¿Queréis argo de Sevilla, que me voy?

PET.—¿Traes er periódico?

ALC.—*(Dándoselo.)* Aquí está. Toma.

PET.—¿Se dise argo en er pueblo der mitin de esta tarde?

ALC.—Hay su buye, buye; y disen que er cura, er padre Pajarito, anda que suebe los vientos pa que er mitin no se efertúe. ¡Como va a salí la Virgen en rogativa pa que llueva!...

PET.—¡Güeno está er cura!

UNA.—Escucha, Alcolea; que yo nesesito una melisina pa que mi niño eche pronto los dientes.

PET.—Déjalo sin dientes. ¡Pa lo que va a comé en esta vía!... *(A Alcolea.)* ¿No vas ar mitin?

ALC.—Si fuera de garbansos, yo, oradó. ¿No queréis ná? ¡Pos salú! *(Vase por el foro.)*

TODOS.—¡Adiós, Arcolea!

PET.—Conque rogativa, ¿eh? ¡Pos mitin! *(Se sube en el brocal del pozo.)* Y mientras ande por el campo la prosesión, me ví a subí a la tribuna y no voy a desí má que esto: *(En tono oratorio.)* Compañeros: somos fratrisidas. ¡Viva la fraterniá! *(Aplausos, vivas, gritos, etc.)* ¡Callarse, animales! ¡Animales! Animales, porque seis unos animales. Caín mató a Abé y la gente señaló a Caín con er deo. ¡Abajo los patronos! *(Aplausos.)* Er clero no jase farta porque Dió no er siste y lo que ellos apandan hay que repartirlo entre nosotros, que también somos hijos de Dios. Se acabaron las castas. ¡Viva er trabajo universál! *(Vivas.)* Hay que conseguí la semana de sinco días, er día de cuatro horas y la hora de diez y siete minutos. ¡Viva Troskosky! Compañeros: er arcarde es un ladrón, *(Bravos.)*

er secretario del Ayuntamiento es otro ladrón, (*Bravos.*) y er jué es otro ladrón, (*Bravos.*) y er padre Pajarito...

P. PAJ.—(*Por el foro.*) ¿Qué pasa con el padre Pajarito? Aquí está el padre Pajarito. Donde hay borregos descarriaos allí está el padre Pajarito. (*Silenciosamente se disuelve el grupo. Este padre Pajarito es un anciano simpatiquísimo.*)

PET.—(*Abriendo el periódico, mirando al padre Pajarito y enseñándole el título.*) "La Tea". "Semenario dinamitero". ¡¡Este me lo apriendo yo de memoria!!

P. PAJ.—¡Ay, Petrolio, Petrolio!...

PET.—(*A los demás.*) ¿Borrego, yo? ¡Viva la libertad! Amonos. (*Hacen mutis los gañanes por la izquierda, seguidos de Petrolio, que se va mirando al cura y dándole sonoros besos al periódico.*)

P. PAJ.—¡Y lo besa! (*Alzando los ojos al cielo.*) ¡Señor: ovejas, dadme ovejas puestas que soy pastor; pero no me deis burros porque no soy arriero! (*Advirtiendo la presencia de don Gabriel.*) Este no se va. ¡Iluminadme, Dios mío!

D. GAB.—¿Qué cuenta usted, señor cura?

P. PAJ.—En dos semanas se enseña a bailar un oso. A un potro se le doma en un mes. Yo llevo cuarenta y cinco años predicando la Verdad y no he logrado que ninguno de vosotros entrecabra los ojos a la fe. ¡Señor! ¿Qué harán esos misioneros que convierten a los chinos?

D. GAB.—Vaya, no hay que desesperar.

P. PAJ.—Ya, ya sé que es usted también de los de la cáscara amarga.

D. GAB.—Hombre, yo...

P. PAJ.—Vámonos a ver, criatura de Dios. ¿Usted por qué no cree?

D. GAB.—¿Eh? ¿Yo? Pero si yo... Bueno, señor cura: hablemos de otra cosa.

P. PAJ.—Yo no sé hablar más que de esta, hijo mío. ¿Cómo usted que vive en el campo, no cree en Dios? (*Alzando los ojos al cielo.*) Señor: ¿quién que oiga cantar a un pajarito de los míos no cree en tí? Bueno: digo de los míos, porque yo conceptúo a todos los pajaritos del contorno como cosa propia.

D. GAB.—Ya sé que acuden a usted y se le posan encima y se dejan acariciar...

P. PAJ.—¡Los pobrecillos! ¡Són tan agradecidos!... Yo quiero que venga usted una tarde conmigo a la fuente de las Cuatro Piedras. Verá usted cosa buena, y acaso le toque Dios en el corazón. ¡Quien allí no incline la frente!... Aquello es un templo. Forman bóvedas las ramas de los álamos; el suelo está sembrado de esas florcillas blancas, más blancas que el mármol; la fuente, un poco en alto, asemeja un púlpito, donde alguien reza constantemente, y al fondo, en un claro de los árboles por el que se ve el sol cuando se oculta, hay una piedra que parece un altar. Un momento hay todas las tardes que a mí me hace llorar. El momento de ponerse el sol. Cantan los pajarillos, reza la fuente, salmodia el viento, la piedra es un ara, y sobre ella el sol, como una inmensa custodia, parece que bendice los campos. ¡Dios mío: si yo supiera traducir en palabras lo que siento en este instante, los corazones más rebeldes se abrirían a tí! ¡Pero... sé sentir y no sé expresar! Venga, venga usted conmigo una tarde; mis pajaritos no le extrañarán; todo aquello le dirá a Dios lo que yo no sé decirle, y luego dígame que cree, dígame que cree, aunque no crea.

D. GAB.—(*Conmovido.*) ¡Sí, iré, padre, iré y le diré a usted que creo, porque es usted un santo, padre Pajarito!

P. PAJ.—¿Cómo? ¡Usted!... Pero, ¿es posible? ¡Le he llegado al alma? Dios mío: has querido que no muera sin haber logrado una conversión. ¡Qué grande es tu bondad! (*En éxtasis.*) Gra... No, aquí no: voy a la iglesia a darte las gracias prosternado a tus pies. ¡Ay, quién tuviera alas! (*Medio mutis.*) Ya en la puerta del foro se vuelve conmovido y exclama.) ¡Hijo: quiero bendecirte! (*Haciéndolo al mismo tiempo que don Gabriel cae de rodillas.*) ¡Nunc dimittis servum tuum, Dámíne, secundum verbum tuum, in pace, quia viderunt oculi mei salutare tuum! (*Mutis ahogado por el llanto y sin poder decir todo ese latín.*)

D. GAB.—(*Levantándose y loco.*) ¡A Sevilla! ¡Pero que a Sevilla ahora mismo! ¡Primero es mi salvación! ¡Primero soy yo! ¡Clara! ¡Clara! (*En la puerta del fondo aparece, seguida de José Miguel, Clara. Viene roja como una amapola.*)

Trae en el pelo un puñado de flores rojas como su cara; su blanco delantillo viene rebosando de rosas, campanillas, jaramagos y flores silvestres: en el brazo que le queda libre trae un jardín. Un poco despeñada viene; en su cara rierte, en sus brillantes ojos, se lee que ha corrido, que ha reído, que ha cantado y que es la más feliz de las mujeres. Viene, en fin, para comérsela. Se detiene graciosamente un momento a la entrada.)

CLA.—¡Para la Virgen, tío!

D. GAB.—*(Avanza hacia Clara y la coge de un brazo, mientras José Miguel queda en segundo término liando un pitillo.)* ¡Clara: no podemos estar aquí un momento más! Esta misma tarde nos vamos a Sevilla.

CLA.—No. Eso no puede ser. *(Mirando a José Miguel.)* Y ahora menos que nunca... Estoy muy contenta aquí... y así... Como no soy más que la casera de Los Pinares, nadie me da importancia. Mire usted: esta mañana para buscar estas flores, he dado un paseo magnífico; he atravesado todo el pinar y he llegado hasta la carretera.

D. GAB.—¿Sola?

CLA.—¡No! digo, ¡sí, claro!...

D. GAB.—¡Qué diablura!

CLA.—¡Bah! ¿Quién iba a meterse conmigo? Pues llegué a la carretera con una sed que me abrasaba, divisé la casilla de los camineros y vi el cielo abierto. Había a la puerta de la casa un perrazo de esos mal encarados que infunden respeto y yo me dije: éste me ladra. ¡Pero no me ladró! Entré y había en la casilla un hombre, por cierto bastante guapo: una mujer que debía ser la suya, y un niño; un niño monísimo, tío; precioso, rubio y moreno a un tiempo; vamos, usted me entiende; con el pelo rubio y la cara tostada por el sol.—¡Buenos días!...—Muy buenos días...—¿Hay un poquito de agua, que vengo seca?—Gloria hay pa la casenilla de Los Pinares. *(Muy orgullosa.)* ¡Me conocían!

D. GAB.—¡Qué honor para la familia!

CLA.—Ea: pues venga esa agua. Me senté y en un vaso muy grande, muy tesco, pero limpiísimo, bebí el agua más fresca que he bebido en mi vida. Dejé una poca, y el hombre, muy gitano, con la cara seria, pero riéndose con los ojos, dijo a la mujer: "Echa ese poquillo de agua en un tarro, que ya es agua de oló." ¿Ha oído usted un piporo más lindo en su vida, tío?

D. GAB.—Vamos, que caiste de pie en la casilla de los camineros.

CLA.—Sí, señor. Se fué el hombre a su trabajo, y la mujer que le vió marchar con amor en los ojos, me dijo: ¿Tiene usted prisa?—Ninguna.—Pues quédese un ratito al cuidado del niño, que voy en un salto a lavar esta ropa. Y allí me quedé yo con la criatura. ¡Qué monísimo, tío! ¡Lo que charlamos, lo que jugamos, lo que corrimos!... Cuando yo, rendida, me senté, él, cansado como yo, se acomodó en mi falda y se durmió. *(Emocionada.)* No sé lo que sentí, tío, pero me eché a llorar. Sí, lloré de lástima de mí misma, me vi digna de compasión, porque la verdad... la verdad no es la nuestra, no es la mía; no es la paz de un claustro...

D. GAB.—Sobrina, ¿dónde vas a parar?

CLA.—La verdad es lo otro: el pinar sano, la casa de la carretera donde una mujer mira a un hombre con amor, y un niño duerme como deben dormir los ángeles.

D. GAB.—*(Obligándola a hacer mutis por la puerta de la derecha.)* ¡Demonio, demonio!... ¡Mira! Mete esas flores, llévate esas flores... *(La deja en la puerta, ella hace mutis y él se vuelve y se encara con José Miguel.)* Conque sí, ¿eh?...

JOSE.—¿Conque?... ¡Je, je! *(Repitiendo y remedando las palabras de don Gabriel.)* "El corazón de tu prima pertenece a Dios. Tu prima no te querrá nunca." ¡Primo!

D. GAB.—Pero si no puedo creerlo. Le has dicho quién eres y claro...

JOSE.—No; está enamorada de mí, de mi persona, tal y como me cree. ¡Pues si eso es lo grande! ¡De un gañán!

D. GAB.—¡Dios santo!

JOSE.—Como que yo no estoy muy seguro de que si supiera quién soy yo,

me quisiera también. Pudiera ser un avenate romántico, y entonces... ¡buena la habíamos hecho! Lo que hay que hacer...

D. GAB.—Sí, por Dios. ¡Lo que quieras!

JOSE.—Hay que llevársela a Sevilla, lejos de este ambiente, y cuando esté curada de esta enfermedad pastoril, yo me presento tal y como soy y allá veremos. Pero no se me ocurre el medio...

D. GAB.—Sí, sí; ya está. Yo te echo ahora mismo, por haber osado enamorarte de mi sobrina, y tú te vas y ella sufre y yo aprovecho la ocasión y la convezco y ¡a Sevilla! ¡A Sevilla! Donde yo no vea al tío Petrolio, que me trae frito, ni al padre Pajarito, que me tiene loco, ni a ti vestido así, que me dan unas ganas de liarle a cachetes contigo y desnudarte a la vista de todo el mundo...

JOSE.—Pero, ¿qué dice usted?

D. GAB.—¿Y yo que sé? ¿Crees tú que estoy yo cuerdo? (*Ríe Clara dentro.*) ¡Sopla! ¡Que sale!

JOSE.—Empieza la comedia. (*En tono muy agrio.*) Conque ya lo sabe usted: yo no tengo la culpa de que su sobrina me quiera. (*Sale Clara.*) ¿Más claro? Y como esa no es una razón, usted me dirá por qué me despide.

D. GAB.—¡Anda morena! ¡Pero si eso no era lo convenido!) ¡Pues te despido, porque te despido! ¡Porque sí, hombre, porque te vas, vete! Porque el que manda en este pañuelo de tierra, soy yo!

CLA.—Pero tío...

D. GAB.—¡No hay tu tío!

CLA.—¿José Miguel? ¡No!

JOSE.—Sí, Clara, me voy. Por ensima der cariño, está la dirnidá de los hombres. Estoy despedido...

D. GAB.—Despedió es muy fino: ¡echao!

JOSE.—¡Basta! Con su permiso de usted voy por mi ropilla. Buenas tardes. (*Mutis por la gañanía.*)

CLA.—¡Pero tío! (*Echándose, llorando, en los brazos de su tío.*) ¡Tío de mi alma!

D. GAB.—(*Mientras la acaricia la cabeza con una mano.*) Me parece que no me ha salido mal este papelito de comedia. ¡Lo que me faltaba! ¡Hacer papelitos de comedia! (*Sale Petrolio acompañado de todos los gañanes, vestidos con sus ropas domingueras.*)

PET.—¡Ar mitin!

TODOS.—(*Saliendo.*) ¡Ar pueblo!

PET.—(*Deteniéndose y deteniendo al grupo, al ver a Clara y a don Gabriel.*) ¡Los caseros! ¡La representación del burgués! ¡Y vaya posturita!

CAS.—¿Qué harán ahí?

PET.—¡Se estarán jasiendo un retrato! (*Se echa de pronto mano a la nariz y mira al cielo. Vuelve a echarse mano a la cara y a mirar al cielo.*) Paese que llora.

CAS.—Lo que paese es que llueve. ¡Ya tenemos pan!

AVEF.—¿Eh?

CAS.—(*Que se ha quitado el sombrero y ve que efectivamente es así.*) ¡Una gota!

PET.—Será un pájaro. ¡A vé si tú también vas a creer en milagos de curas.

JOSE.—(*Saliendo con su hato al hombro.*) (Esto marcha. Ahora me voy y...)

(*A todos.*) Salú, amigos.

CAS.—¿Qué es eso?

JOSE.—Me echan.

D. GAB.—¡Lo echo!

PET.—(*En el colmo de la indignación.*) ¡Mardit!... ¿Quién habla aquí de echá sin consurtá antes con la masa?... ¿Qué es eso de echá así porque sí? ¿Ha robao er compañero? ¿Ha matao?... ¡Pues entonces!

TODOS.—¡Eso!

PET.—¡Silensio tó er mundo! ¡Inó Grabié! Tós semos unos, y peimos que

en vista de las razones que se han expuesto, vuerva a armitirse a este hombre.
(*Casajo le quita el hato a José Miguel y se lo lleva a la gañanía.*)

JOSE.—¡Atiza! ¡Ya la pringó este tío!

PET.—(*Trayendo de un brazo a José Miguel.*) Aquí ar señó se le da la mano.

D. GAB.—Bien; pero...

PET.—¡¡Se le da la mano!!!

JOSE.—(*Dándole la mano a don Gabriel.*) (Descuide usted, que a mí no me estropea la combinación ningún bolcheviquista.) (*A todos.*) Señores: Se agradece la finesa y er compañerismo; pero la voluntá der casero se va a hasé por mi propio gusto. (*Clara mira asombrada.*) Me voy. (*A don Gabriel.*) No se apure usted, mi amo. (*A Clara.*) No se extrañe la mosita. Amigos, sabedlo: Hase un mes se corrió por tó el contorno que en este cortijo había una mosita chilindrinerá, que se gosaba en divertirse de tós los pobres gañanes. Pobre yo como el más pobre, vine aquí pa enseñarle a la mosita fantesiosa lo que vale un hombre. Ya lo sabe ella. Ahora me voy tranquilo. Rarezas que tiene la gente. (*Vuelve a entrar en la gañanía.*)

PET.—(*Rascándose la cabeza.*) Está bien, hombre; está bien.

CAS.—Pero. ¿qué dise usted a eso?

PET.

“En asuntos der queré
der prójimo, no te metas,
porque te pués encontrá
un gofetón en la jeta.”

D. GAB.—Hay que irse, hija mía. Ya comprenderás que aquí no podemos estar ni un momento más.

CLA.—¡Sí; pero antes tiene que saber ese quién soy yo!

D. GAB.—Pero es que tú querías...

CLA.—¡Un imposible, sí! ¡Ojalá no fuera quien es, sino rey, príncipe... ¿qué sé yo?... porque... ¡le quiero! (*Se oye la música de la procesión lejanamente. Salen por puerta del foro las gañanas. Algunas traen flores. Vienen muy contentas.*)

GAÑ. 1.^a.—¡Por la cañá honda viene ya! ¿Y tus flores, Clara?

CLA.—Ahí dentro.

GAÑ. 1.^a.—(*A Gañana segunda.*) Arrea tú por ellas. (*La Gañana segunda obedece, y a su tiempo sale, entregándole las flores a Clara.*) ¡Ay; pero qué hermosísima viene, ¡iño Grabié! Con sus luces, con su manto nuevo... Y está chispeando, porque a mí me han caído dos o tres gotas.

PET.—Lo que es esa, se sarpeica al hablá, y cree que llueve.

AVEF.—¡Eal Sí que chispea. (*Pasando la mano por su sombrero.*) ¡A vé qué es estol!

PET.—¡Mugre!

AVEF.—¡Agua, y muy agua!

GAÑ. 1.^a.—¡En cuanto han sacao a la Virgen!

PET.—(*Más quemado que la luz.*) ¡Y si es agua... bien mirao, arguna vé tenía que llové!

D. GAB.—¡Dios mío, que llueva un ronzal para el tío Petrolío! (*Sale la Gañana segunda con las flores para Clara.*)

JOSE.—(*Saliendo nuevamente de la gañanía con su hato.*) Señores: lo dicho, dicho. Me voy. Salá.

CLA.—(*Nerviosísimamente.*) No tan pronto, mosito. Quiero yo también decir unas palabritas. No quiero que se vaya usted tan ilusionao. Ahora me toca a mí. De modo que usted se cree que me deja a mí, ¡a mí!, desconsolá y triste. Pero, ¿sabe usted quién soy yo, so cateto? Pero, ¿es que no ha visto usted el juego? Pero, ¿es que se cree usted que yo (*Casi llorando.*) aunque le quisiera (*Francamente llora y dice.*) ¡que no le quiero! (*Enérgicamente, secándose las lágrimas.*) ¡no!, podría quererlo? ¡Pero si no hay por donde cogerlo a usted! Pero, ¡qué infeliz! ¿Pues no se ha creído?... Pero, ¿dónde tiene usted los ojos, hombre?... ¡Y se va usted tan victorioso! ¡Ja, ja, ja!... Pues hijo, por eso no se vaya usted. Todavía me queda un poco de caridad y lástima para usted. No quiero que se muera usted de

hambre, pidiendo pan a la puerta de esos cortijos. ¿Se entera usted, no gañán— ¿Sabe usted ya con quién ha tratao? ¡Pues sepa usted que tiene que agradecerse al ama del cortijo, porque yo no seré la princesa del pastor, pero, esc sí, ¡soy el ama de esto! Y usted, ¿quién es?

JOSE.—(Sacando una lujosísima cartera, y de ella una tarjeta que entrega a Clara.) Allá va, mocita. De sabios es el equivocarse. (Pausa.) ¿Me quedo?

CLA.—(Después de leer la tarjeta.) Pero...

D. GAB.—¿Se queda?

CLA.—(Llorando, y en un suspiro asintiendo.) ¡Como que si no se queda, me voy yo con él! (Aparece en la puerta del fondo el padre Pajarito.)

P. PAJ.—Hermanos: ¿hay posada para la Virgen? Lluve, y la pobrecita está mojando.

TODOS.—¡Que entre adentro! (Aparecen dos monaguillos con incensarios y algunos hombres con faroles.)

D. GAB.—(A Clara y a José Miguel que están en babia.) Si vais a daros un abrazo, aprovechad ahora, que voy a decir que enganchen.

JOSE.—¿Vámonos?

CLA.—No: ahora a ver a la Virgen. ¿Quieres?

D. GAB.—Ya puedes darle gracias por el milagro.

JOSE.—Verdad: en el campo chispea.

D. GAB.—En el campo chispea; pero en un corazón ha caído un aguacero.

P. PAJ.—¡Paso a la Virgen! (La música suena ya muy cerca, casi en la puerta. Las luces iluminan ya la entrada. Las mujeres alfombran con flores el patio. Todos, menos Petrolío, caen de hinojos.)

GAÑ. 1.º—¡Virgen de la Luz: mi hombre que está en el hospital!

GAÑ. 2.º—¡Virgen de la Luz: un hijo que tengo en la guerra!

P. PAJ.—¡Pan, Virgen de la Luz!

GAÑ. 3.º—¡¡Madre mía!!...

PET.—(Rompiendo a llorar como un becerro.) ¡¡Viva la Virgen del Carmen!!

AVEF.—Padre, ¡sí es la Virgen de la Luz!

PET.—¡Yo no creo más que en la Virgen del Carmen! ¡¡Viva la Virgen del Carmen!! (Antes de que aparezca el paso de la Virgen, y oyéndose fuertemente la música, cae el telón.)

FIN DE LA ZARZUELA



Marcas Registradas

FUERA CANAS sin teñirlas ni arrancarlas

Gran invento **BRILLANTINA INDIA** (Sin grasa)
Léase en la etiqueta La figura de la India (Marca Registrada.)

Producto antiseptico, compuesto de raíces aromáticas Único que, sin teñir, en pocos días devuelve a las canas su color primitivo Usándole no salen nunca. Fortifica la raíz del cabello evita su caída y le devuelve el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raíz, haciéndole perder color y fuerza. Precio: 5 pesetas. De venta en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor: J. BARREIRA Muñoz Torrero. 6. MADRID

HIPOFOSFITOS SALUD. TÓNICO NERVIOSO

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

GALDÓS.—49. Electra.-53.-Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

BENAVENTE.—9. Todos somos unos. 10. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.-229. Más fuerte que el amor.-239. La princesa Bebé.-233. El dragon de fuego.

QUINTERO.—66. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.-**Pepita Reyes.

QUIMERA.—113. María Rosa.-114. Tierra baja. 196. Agua que corre.

LINARES RIVAS. 16. El Cardenal.-90. La Cizaña.-101. Bodegas de plata.-241. Cristóbalón -246. Toninadas.-250. Flor de los Pazos.

MARTINEZ SIERRA.—9. Primavera en Otoño.-**El ama de la casa.

TAMAYO Y BAUS.—136. Un drama nuevo.-209. La bola de nieve.-186. Lances de honor.-140. La locura de amor.-177. Lo positivo.-214. Virginia.

DICENTA.—6. El Lobo.-14. Sobrevivirse -94. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer -60. Daniel.-69. Amor de Artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.-**Juan José.

ZORRILLA.—188. El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-48. El puñal del Godo.-171. La mejor espada.-234. El Zapatero y el Rey (1ª parte.)

VILLAESPESA.—10. El Rey Galaor.-38. Aben-Humeya.-37. Doña María de Pedraza.-65. La leona de Castilla.-217. El Halconero.-**El Alcázar de las perlas.-28. La Gioronda -208. Judith.

MARQUINA.—154. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava.-**El Retablo de Agrellano.-222. Las hijas del Cid.-195. **Pey Trovador.

RAMOS CARRION.—84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote -106. Los sobrinos del Capitán Grant.-173. Mi cara mitad.-123. Los señoritos. 213. La escultura.-90. La Marsellesa.

VITAL AZA.—32. Francfort.-33. La Re-

ntica.-36. Ciencias exactas.-39. La Pravia -19.-** Ferada y fonda.-50. Tiquis miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-225. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-138. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.-191. El afinador.-200. Ferecito.

RAMOS CARRION - VITAL AZA.—147. El señor Gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Pobo en despoblado.-151. El padrón municipal -110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintas calva.-118. El rey que rabió.

ECHEGARAY (Miguel).—44. La viejecita.-59. Gigantes y cabezudos.-76. El dno de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo, no mentir.

ARNICHES.—La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Doloretas.-21. La señorita de Trevellez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

ARNICHES - GARCIA ALVAREZ.—15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena -70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya -83. El método Górriz.-**El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico. 105. Gente menuda.-122. El Príncipe Tasto.

GARCIA ALVAREZ - MUÑOZ SECA.—8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar N.º 1.-34. La frescura de Lefuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.-73. Trampa y cartón.-193. Faustina

PASO - ABATI.—13. El río de oro.-40. El gran tacño.-116. La Divina Providencia.-206. Los Perros de presa.

PERROS-PALACIOS.—74. La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana.-81. Pedro Giménez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.-**Cinematógrafo Nacional.-218. Certamen Nacional.-194. Cuadros disolventes.-150. La tierra del Sol.-123. Las mujeres de Don Juan.-146. El País de las Hadas.-249. Cinematógrafo nacional.

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-18. El hombre que asesinó
25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amari-
llo.-35. Primerose.-36. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Nove-
leros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100.
Franz Hallers.-103. La Tosca.-108. La tia de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121.
Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militares y paisa-
nos.-135. Muérete y verás!-139. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.-141. La barba de Carri-
ño.-143. El Revisor.-144. Blasco Jimeno.-148. El crimen de la calle de Leganitos.-146. Lo que ha
de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Ciclón.-156. El amor vela.-160. La señorita del
almacén.-164. El Ladrón.-166. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de
Urbequieta.-173. Jettatore.-159. Situaciones cómicas en el teatro español.-181. El Tenor.-185.
El primer rorro.-187. Los amigos del alma.-189 La casa de los milagros.-190. El duelo.-192. Los
amantes de Teruel.-198. La7Canastilla.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?-203. La historia
del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También la corregidora es guapa.-210. Mis-
ter Beverley.-212. La Dama de las Camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las mor-
cillas.-220. Los piropos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-226. Las vírgenes locas.-227.-El soldado
de San Marcial.-230. El pelo de la dehesa.-231. El Corral de la Pacheca.-232. Envejecer.-237
El puesto de «antiquités» de Baldomero Pagés.-238. Don Gil de las Calzas verdes.-240. El arte
de declamar.-242. Zazá.-243. La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe.-245. El mayor mon-
struo, los celos.-247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio, secreta venganza.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha
de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño
ludo.-84. El padrino de «El Nene».-85. La balsa de aceite.-96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas
españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas.-160. Ninón.-161. Los pendientes de la Trini.-
165. Pancho Virodo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El
nido del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres, de comedias.-176. La suerte de Sa-
lustiano.-184. La tragedia de Laviña.-202 La canción del olvido.-204. La suerte perra.-205. El A-
211. Tonadillas españolas (2.ª parte).-235. Don Lucas del Cig rral.-236. El Príncipe Carnaval.-252.
Trianeras.-253. La hora del reparto.

Número atrasado: 10 ets. sobre el precio que marca el ejemplar

(*) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA

**NEUTRÁCIDO
ESPAÑOL**

VENCE de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.

Remedio seriamente científico y único en el mundo, por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coidales). «No contiene» los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAINA, MORFINA, etc., que integran todos los demás específicos para el estómago. «No produce» estreñimiento y lo «suprime» totalmente. «Cura», así, el «exceso» como «la falta» de ácidos. «No obliga» al regimen lácteo y permite en breve plazo «comer de todo» con digestión perfecta. «No tiene» sabor alguno. Nació al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica.

FRASCO: 6 PESETAS. — También se expenden frascos dobles (112 litro) a 10 pías.

Señale Vd. del concesionario exclusivo, DON JOSE MARIN GALÁN, ARJONA, 4.-SEVILLA, un notabilísimo y lujoso folleto, que le será remitido gratuitamente.